

RESUMEN COMPLETO

Imagina que descubres lo que más amas en el mundo... y que todos los tuyos te dan la espalda por ello.

Eso le pasa a una gaviota. Y su historia, escrita hace más de cincuenta años, sigue dando en el blanco. Quédate hasta el final, porque la última parte del libro es la que casi su propio autor quemó.

Juan Salvador Gaviota cuenta algo muy simple: que casi todos vivimos para comer, y que alguien, un día, decide vivir para volar.

Es un libro cortísimo. Se lee en una tarde. Y aun así hay gente que lo relee cada pocos años, porque cada vez te dice algo distinto.

Lo escribió Richard Bach, un piloto norteamericano. Y se nota: el libro huele a aire, a viento, a horas de cabina. Salió en 1970 con fotografías de Russell Munson, otro apasionado del vuelo.

Hay un detalle que me encanta. Bach escribió una cuarta parte y no se atrevió a publicarla. Ni siquiera creía en ella. La dejó olvidada medio siglo, hasta que su mujer, Sabryna, la encontró entre papeles viejos. Se la leyó, y él, ya mayor, entendió lo que aquel chico que fue había querido avisarle. Esa parte se incluyó por fin en la edición de 2014. Más abajo te cuento qué dice.

PRIMERA PARTE: EL EXILIADO

Amanece. Una barca de pesca, cientos de gaviotas peleándose por cada migaja. Y lejos de todo eso, Juan, a treinta metros sobre el agua, intentando mantener las alas en una postura difícilísima para volar muy despacio. Falla. Cae. Vuelve a intentarlo.

Para el resto de la bandada, volar es solo el medio para llegar a la comida. Para Juan es lo único que importa. Y claro, eso no le hace popular. Su madre le pregunta por qué no come, que está en los huesos. Su padre, con cariño, le recuerda que no puedes comerte un planeo.

Juan lo intenta. De verdad intenta ser una gaviota normal. Pero suelta una anchoa que tanto costó pelear, y se va otra vez a volar solo.

Entonces empieza a probar con la velocidad. Se lanza en picado desde trescientos metros, y a cien por hora pierde el control y se estrella. Una vez, y otra, y otra. Una noche, flotando en el mar, medio roto, escucha una voz dentro de él que dice: eres gaviota, eres limitado, vuelve a casa. Y se rinde.

Pero vuelve volando de noche, con la luna en el agua, y se da cuenta de que le encanta. La voz protesta: las gaviotas no vuelan en la oscuridad. Y Juan, que ya no escucha, entiende por fin la solución: alas cortas, plegadas, solo los extremos al viento. Se tira desde dos mil metros, a más de trescientos por hora. Y control total.

Cuando vuelve a la playa, feliz, convencido de que todos van a celebrarlo, lo esperan en Consejo. Lo ponen en el centro, pero no para honrarlo: para humillarlo. Le acusan de irresponsable y lo expulsan. Una gaviota ni responde al Consejo, pero Juan sí, y no sirve de nada.

Así que vive solo, aprendiendo. Hasta que una noche aparecen dos gaviotas luminosas que vuelan junto a él, ala con ala, sin fallar un centímetro. Le dicen que es hora de seguir adelante. Y Juan se va con ellas.

SEGUNDA PARTE: EL CIELO QUE NO ES UN LUGAR

Aquí viene un giro. Juan llega a lo que cree que es el cielo, y resulta que se cansa, y que hay mucho por aprender, igual que antes. La diferencia es que ahora las gaviotas a su alrededor piensan como él.

Su instructor, Rafael, le explica algo que da vértigo: casi todas pasamos por mil vidas, diez mil, hasta darnos cuenta de que existe algo más que comer y pelear. Y que lo que aprendes aquí decide el siguiente mundo. Juan aprendió tanto de golpe que se saltó el camino largo.

Luego conoce a Chiang, el más viejo, que le suelta que el cielo no es un lugar ni un tiempo. Es ser perfecto. Y le muestra cómo ir a cualquier sitio con solo saber que ya estás allí. Juan se pasa días intentándolo, sin moverse un milímetro, hasta que de pronto lo entiende. Abre los ojos y está en otro planeta, con dos soles amarillos. Chiang, sin inmutarse: “Pues claro que funciona, cuando sabes lo que haces”.

Antes de irse, Chiang le deja una última frase: sigue trabajando en el amor.

Y esa frase se le clava. Juan empieza a pensar en la bandada que dejó. Rafael intenta frenarlo: ya te echaron una vez, ¿por qué iban a escucharte ahora? Pero Juan sabe que nació para enseñar. Se despide de su amigo con una broma sobre el espacio y el tiempo, y vuelve.

Y ahí, en tierra, ya hay otro exiliado: Pedro Pablo Gaviota, furioso, herido, jurando que les va a enseñar lo que es volar. Una voz suave le pregunta si quiere volar tanto como para perdonar a la bandada. Pedro dice que sí. Y empiezan con lo básico: el vuelo horizontal.

TERCERA PARTE: EL MAESTRO

Juan ya tiene alumnos. Pedro, Martín, Carlos Rolando, Enrique Calvino... todos exiliados, todos con ganas de volar rápido, y todos dormidos cuando Juan intenta

explicarles que su cuerpo entero no es más que pensamiento. Les encanta la acrobacia. Lo otro les suena a cuento bonito.

Un día Juan decide volver con ellos a la playa de la bandada. Ley de la bandada: el exiliado no regresa jamás. Aparecen ocho en formación y hacen una exhibición que deja a cuatro mil gaviotas sin respirar. Y el Consejo ordena ignorarlos.

Pero poco a poco, de noche, en la oscuridad, empiezan a acercarse curiosos. Primero uno. Luego Esteban, con el ala rota, que cree que no puede volar. Juan le dice: “Eres libre”. Y Esteban vuela.

La bandada crece, y entre elogios y desprecio, hay quien le llama demonio y quien le llama dios. Juan solo quiere que entiendan que no es más especial que ellos.

Entonces Pedro, por esquivar a un pajarito, se estrella contra una roca a trescientos kilómetros por hora. Despierta en otro nivel, con Juan a su lado, que le dice con sequedad que de momento no tocaba atravesar rocas. Pedro vuelve, y la bandada, al verlo moverse, grita que ha resucitado, y que es un demonio, todo a la vez. Casi lo matan. Juan los saca de allí en un parpadeo.

Después le explica a Pedro lo que es amar: no amar el odio, sino ver en cada gaviota la verdadera gaviota que lleva dentro. Y le dice que se va, que Pedro ya no lo necesita. Que no dejen que lo conviertan en un dios. Y desaparece.

CUARTA PARTE: LO QUE PASÓ DESPUÉS

Y aquí está lo que Bach casi no publicó.

Juan se va, y la bandada entiende... lo que quiere. Pedro se obsesiona con enseñar a volar y se encuentra con que todos le preguntan trivialidades: si Juan daba uno o dos pasos antes de despegar, si tenía los ojos grises o dorados. Pedro, harto, les dice que violetas, solo por zanjar el asunto. Y claro: de ahí sale la costumbre de dibujar a Juan con conchas violetas en lugar de ojos.

Mueren los primeros alumnos, y la bandada hace montones de guijarros, luego santuarios. Alguien inventa la Unicidad, que nadie sabe qué es, pero ninguna gaviota se atreve a preguntar por no quedar como tonta. Se recitan letanías cada martes. Las más ricas llevan ramas pesadas en el pico para presumir. Y ya nadie vuela.

Pero hay gaviotas pensantes que empiezan a hacerse preguntas. Antonio, joven, escéptico, le dice al Alumno Oficial que cuando le demuestre que puede volar a trescientos kilómetros por hora, le hará caso. Y sin darse cuenta, acierta en la clave: no quiere dogmas, quiere pruebas. Pero también, sin nadie que le enseñe, concluye que la vida no tiene sentido, y decide zambullirse en el mar para acabar con todo.

Y justo ahí, pasa a su lado una gaviota que lo deja clavado en el aire, una línea borrosa que sube, gira y dibuja un círculo perfecto. Antonio le grita que pare. Y el extraño, amable, le dice: “Puedes llamarme Jon”.

Ese final lo cambia todo. Porque la historia no acaba con Juan. Acaba con alguien que está a punto de rendirse y se topa con otro que le enseña a volar.

Eso es lo que deja este libro. Que hay quien prefiere el ritual al esfuerzo, la excusa al trabajo duro, y que con el tiempo hasta la mejor enseñanza se convierte en piedra. Pero también que basta una gaviota que se atreva a practicar para que todo vuelva a empezar.

Bach lo dijo mejor que yo, al final: aquel texto olvidado lo escribió alguien joven, que sabía que quienes imponen reglas y ritos acaban matando la libertad de vivir como elegimos. Y que, por suerte, el final de la historia todavía no está escrito.